



XXI

El perro color de helecho seco.

SEBASTIÁN Courlot era algo así como un veterinario pero este era un dictado que no le daban nunca. ¿Había estudiado? ¿Poseía un título? Sólo él hubiese podido decirlo, pero él no hablaba de semejante cosa. Para todos, en la aldea y en el campo, á veinte kilómetros del sitio en que tenía su casa, junto al lavadero, era «el albéitar». Y tanto en París como en la última de las aldeas, sabe todo el mundo que el albéitar puede tener una linda tartana pintada de encarnado, y hasta un cochecillo saltarín, un caballo, gallinas, establos, rentas; jamás gozará de la consideración de que goza una persona respetable, quiero decir, un rico labrador. El colono desconfía del hombre que cura á sus bestias. ¿Cómo se curan? A las que se hinchan las dan unos polvos; también los echan en el pienso de las que enflaquecen; ¿no es este raro? El

albéitar conoce todos los rebaños; lleva la cuenta de los carneros como un perro de ganado; los matarifes le paran en el camino y se están hablando con él las horas muertas, apoyados en una cerca; tan pronto se le ve aquí como allá; un hombre que tiene tantas amistades fuera del pueblo, para algo las quiere; imposible espiarle; no es de fiar.

Pocas personas había en la aldea ó en las granjas tan simpáticas como Sebastián Courlot; un hombre que tenía la boca levantada por los extremos, en forma de media luna, hasta tal punto era en él frecuente la risa; las mejillas gordinflonas y arreboladas por efecto del alcohol y del frío, una naricilla respingona, ancha y reluciente como una teja vidriada y unos ojos que jamás estaban tristes, ya dijese su dueño: «Pronto sanará esta oveja», ya profetizase: «No creo que dure mucho». Era alto, grueso, llevaba un sombrero de anchas alas, corbatas de colores muy chillones siempre, y por debajo de su blusa, buenos ternos de paño que encargaba á Elbeuf. Le tenían por rico, aunque él juraba que no lo era. Pero, ¿cómo creerle? Un hombre que no sólo curaba á los animales, sino que «también se atrevía con los hombres»! Sí, Courlot tenía consulta. Era curandero, poseía un secreto. Cuando algún cristiano tenía una peritonitis, no llamaba al médico del pueblo, ni avisaba á un doctor de Orleans; acudía al albéitar. Courlot llegaba en su yegua, en traba en la casa, descubría el vientre al paciente, lo palpaba con su mano regordeta, ligera y sabia, y se re-

tiraba diciendo: «No será nada.» Y lo más curioso es que, en efecto, el enfermo se curaba. Me han citado varios ejemplos y yo he visto otros. Y hasta pedí al albéitar que me explicase su sistema.

—Señorita, sólo puedo decirle á usted una cosa: cómo aprendí á hacer lo que hago. Yo era joven, y estaba muy lejos de aquí, en la guerra, en los alrededores de Metz, en el ejército del mariscal. Habíamos andado mucho; estábamos extenuados, y al ser de noche, tres compañeros y yo, dimos con un ventorro. El ventero puso una botella de vino sobre la mesa, yo llené los vasos y me disponía á beber cuando se abrió la puerta y entró en la sala un peatón, un caminante tan cansado y tan lleno de barro como nosotros. «¿Quién me da una copa?» Nadie respondió. «¿Quién me da una copa? yo se lo pagaré». «¡Otra vez será»—contestan los compañeros, y de un trago se bebieron su vaso de vino. Yo comencé también á beber, pero luego me paré. «Toma—le dije—aquí hay para los dos.» Cuando hubo bebido, hizo castañetear su lengua, y me dijo: «Ven afuera, voy á decirte una cosa.» No sé por qué, pero el caso es que salí. Y entonces me enseñó lo que sabía. Cuando acabó, abrió él mismo la puerta del ventorro y dijo: «Ahora entra otra vez; yo me voy; á cambio de tu vaso de vino te he dado una fortuna.»

La leyenda corría lo mismo que el albéitar y le precedía por todas partes. Desgraciadamente, acerca de él corría otra un poco más tenebrosa. En ciertas épo-

cas, dos ó tres veces al año, «según», como decía la gente, aquel hombre gordo, adelgazaba; se metía en la cama; sus facciones se alteraban profundamente; durante una semana no recibía á nadie, y hasta se aseguraba que ni siquiera probaba ese vinillo de Vouvray, del que siempre tenía en la cueva una respetable cantidad de botellas, que al destaparlas dejaban escapar una tenue humareda azulada, como la del incienso. «Estaría enfermo» diréis. Esto era precisamente lo raro. ¿Qué enfermedad padecía? ¿Por qué no permitía que le viesen sus amigos, si tenía alguno? ¿Por qué se metía en la cama precisamente cuando el Harlequier, el pastor de la Porchêe, se quejaba de dolores intolerables, y se revolcaba frenético y hecho un ovillo, en la pajaza de sus ovejas?

Las gentes del campo callan, pero todo lo observan. El pastor vivía en la granja que está en el lindero del bosque. ¿Qué edad tenía? Se sabía que una noche del mes de Mayo de 1900, el pobre mozo se había presentado en la granja con su perro, un perro negro, de ojos verdes, ofreciéndose como pastor. Nadie le preguntó nada, sólo le hablaron del salario que había de ganar. Y ya, á aquellas fechas, el Harlequier, lleno de miseria,—que es una enfermedad,—calado por la lluvia, zarandeado por el viento, atontado por la inmovilidad, el silencio y la soledad, parecía una de esas cestas de mimbre abandonadas en la cuneta de un camino de las que no se puede decir: «Es nueva, es vieja.» Su mirada huidiza, sombría, extraviada, sólo

la comprendían sus ovejas. Durante el día, el Harlequier recorría el llano lentamente, unas veces delante y otras detrás de sus carneros, que por temor al perro y al pastor, no se salían de filas. Con su zamarra al hombro, una zamarra que parecía un pedazo del arco iris, servía de percha para los estorninos que se posaban en él y se ponían á picotear la lana.

Jamás se le oía hablar. Sólo dos ó tres veces en todo el año comenzaba á quejarse y se quedaba en el establo, sin querer decir qué le dolía. El dueño de la Porchêe, que no es un mal hombre y que iba á visitar á su pastor y á preguntarle: «¿Quieres la sopa?» había observado que aquellos días el Harlequier tenía las piernas temblorosas y los zuecos y los pantalones mojados, llenos de barro, como el que ha estado corriendo toda la noche.

Durante tres años seguidos le estuvo preguntando qué le pasaba, sin obtener respuesta. Sin embargo un día, como volviera á interrogar con palabras afectuosas á su pastor, que en el suelo yacía medio muerto, vió que se incorporaba, sintió fijos en los suyos aquellos ojos que á nadie miraban y oyó una voz fuerte y ronca que le decía:

—Escucha: ¿Te asusta lo desconocido?

—Tal vez—contestó el amo.

—Si me tienes lástima no debe asustarte. Procura estar esta noche á las dos en la encrucijada de la Encina. Que no te acompañe nadie: no te haremos nada.

—¿Seréis muchos?

—Seremos seis, á dos de los cuales, por lo menos, conoces tú. Tres se irán por la derecha; los otros tres por la izquierda. Yo seré el último de los que vayan por la izquierda. ¿No dirás nada?

—No.

—¿Ni ahora ni luego?

—No.

—Entonces llévate tu bieldo, y para salvarme procura hacerme sangre.

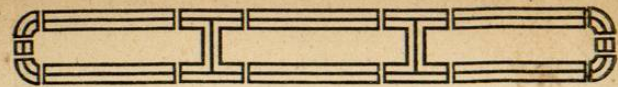
El amo de la Porchéé no estaba muy tranquilo. Sin embargo, hizo lo que había prometido. Antes de las dos de la madrugada, en una noche muy fría de fines de otoño, hallábase en la encrucijada de la Encina. No había olvidado su bieldo de acero. Todo el campo estaba cubierto de escarcha y no se movía una hoja. Á la primera campanada de las dos, oyó: «¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!» Pero no vió nada. A la segunda campanada aparecieron en el camino seis perritos color de helecho seco, con el rabo entre las piernas, sucios, erizados, jadeantes, y que saltaban, corrían, brincaban, en persecución de una caza que no parecía por parte alguna. El colono tuvo miedo. Se colocó en medio del camino. Cuando el último perro iba á pasar por delante de él, le tiró con toda su fuerza el bieldo, que hirió al can en una pata.

Escuchó un aullido. É inmediatamente el amo de la Porchéé no vió más que cinco perros que se perdían entre las sombras de la noche. Pero á su lado estaba

su pastor, el Harlequier, que cojeaba y sangraba, herido en la pantorrilla.

.....

De este modo, en las noches de invierno, suelo contar á mis sobrinos las historias que he adivinado, los secretos mejor guardados del mundo: los de la superstición campesina.



XXII

La cama de la tía Moineau.

Las viudas! Hace mucho tiempo que San Jerónimo ponderó su estado. Con su permiso continuaré hablando del mismo tema. Son modelos de caridad. ¡No todas, claro está! No hablo de la viuda que piensa incesantemente en su difunto para que se ocupen de ella, ni de aquellas de las cuales el anciano solitario decía que no eran viudas, verdaderamente viudas. Me refiero á las otras, á las que han tomado el partido de *haber sido*, á las que no desean parecer jóvenes y siguen su camino sin vacilaciones, modestas, capaces de pasar junto á la dicha sin envidiarla ni turbarla, pero solicitadas por el dolor como por un amor nuevo, más intenso que el antiguo. ¿Fueron dichosas? ¿Era fiel el difunto? No se sabe. Guardan silencio sobre lo pasado. Se adivina que aun lo recuerdan, pero á solas, en momentos determinados, cual religiosas que guardan cuidadosamente la lámpara y la llave para entrar sin testigos en las capillas secretas.

Muchas veces he tenido ocasión de comparar su modo de ser, de entender una empresa caritativa ó sociológica, de emprenderla, de desarrollarla, de defenderla, con el modo de ser de nosotras las solteras, ya seamos jóvenes ó viejas. Nosotras somos más á propósito para la acción; más impetuosas, más imprudentes, menos constantes y reflexivas. La audacia en el bien es una virtud propia de vírgenes. Decídes que tomen una barricada, que cuiden á un leproso, que iluminen una conciencia tenebrosa, que catequicen á una mundana, que convenzan á un ministro, que se pasen treinta años encerradas en el hospital: lo harán. Pueden escucharlo todo porque no lo saben todo, y, tal vez por esto mismo, pueden consolar todas las penas, y remediar todos los males. No hay miseria humana junto á la cual no se las vea. Con sus débiles manos, sin que el mundo lo sospeche, manejan ejércitos prontos á rebelarse. Las viudas son menos decididas. Como han vivido más, dudan más. Pero aconsejan, instan, son más pacientes; comprenden mejor que nosotras las penas, y no aman más á los niños, no; pero para hablar con las madres, todas tienen palabras, miradas, suspiros que van derechos al corazón. Todo el mundo se entiende admirablemente con ellas; no les ocultan nada. Y, además, la libertad de que gozan, las permite ser hospitalarias. Tal vez las viudas pobres sean las más admirables á este respecto. Véase si no la tía Moineau.

Toda su vida ha vivido en París. Los barrios le son

indiferentes, con tal de que el casero no la apure mucho para pagar el alquiler. Ahora vive en el *faubourg* Saint-Germain, porque después de cinco años de citaciones y de embargos, ya no la admiten en Batignolles. Paga difícilmente, pero no pide nada. Tiene una rentita insuficiente: el producto de las economías que pudo hacer cuando estaban de porteros junto á la torre de Saint-Jaques, á pesar de tener á su lado á Moineau que era, ¡ay! un derrochón. La desgracia mayor no es cenar una ensalada y un pedazo de pan. Tampoco lo es el tener sesenta años, reuma en las piernas y una nube en el ojo derecho. Si el invierno pasado hubiéseis visto salir de su casa á la tía Moineau, la hubiérais tomado por una persona «pudiente», con su pelo peinado en bandas, muy atusado y muy hueco; sus ojos negros, no muy bonitos y casi oculto el derecho por el párpado; su carita redonda; su pecho abultado; su vestido negro sin una mancha; un alfiler de azabache en el cuello de la chaqueta y sus mitones en las manos. Iba al mercado, con su canastito. Algunas veces volvía á su casa con el canastito vacío, cuando las verduras estaban caras. Pero, al verla, hubiérais dicho, lo mismo que sus vecinas: «La señora Moineau tiene una pena.» ¡Ya lo creo que la tenía! Su ojo malo lo pregonaba más claramente que el otro, pero de ambos brotaban lágrimas que el viento de la calle se encargaba de secar. La tía Moineau no ayudaba al viento con su pañuelo. ¿Qué la importaba que la viesen llorar? ¿No sabría pronto todo el mundo

que Josefina, su hija única, una muchacha que hasta entonces había sido muy honrada y que ya no lo era, la había abandonado hacía tres días? «¿Cómo no habrá podido sufrir veinte años de miseria cuando yo he soportado sesenta?»

No encontraba respuesta. La tía Moineau no había dejado de pensar en lo mismo ni en solo momento, cuando, al entrar en el mercado, dió sin querer, con el codo á una mujer que estaba parada en la acera y apoyada en la pared.

—¡Usted dispense, señora!

—¡No hay de qué!

—¡Toma! ¿También usted está llorando? Debe ser cosa del tiempo.

La tía Moineau, que no se creía psicóloga, pero que lo era, comprendió que había tropezado con la verdadera miseria y la verdadera desgracia.

—¿La ha abandonado á usted su marido?

—No, ya ha muerto.

—Lo mismo que mi difunto Moineau. Entonces, ¿qué le pasa á usted?

—Me han puesto en mitad de la calle, porque no pagaba la casa.

—También á mí me ha sucedido eso.

—Y no tengo más que seis sueldos para mí y para este niño que está usted viendo.

Un arrapiezo de tres ó cuatro años se arrastraba por el asfalto.

—Es muy mono--dijo la tía Moineau.—Comerápoco.

—Manzanas, es lo único que le gusta; pero están tan caras...

—¡Ya lo creo! Usted no será su madre.

—No, su madre ha muerto.

La tía Moineau vió que la descarnada mandíbula inferior de la vieja se alargaba, y que sus ojos empezaban á parpadear aceleradamente.

—Si no necesita usted más que una cama, disponga de la mía. Hasta hace pocos días dormíamos dos en ella, yo y mi hija, que ya no volverá. Es ancha; usted no es gruesa. Pero, ¿y el pequeño?

Los párpados cesaron de moverse. El corazón dolorido, falto de esperanza, vislumbró la salvación. La vieja se inclinó, cogió con la mano derecha al niño y lo levantó para enseñársele á la tía Moineau.

—Abulta tanto como un gatito. Con un cajón bastaría.

—Yo buscaré uno, y un poco de lana para hacer un colchón. Porque, lo que es mantas, gracias á Dios no me faltan. ¿Tiene usted trabajo?

—Tengo más trabajo que salario, señora. Estoy en una verdulería, ayudando al despacho. Pero como soy vieja, no me dan más que cinco francos á la semana.

—¡Cinco francos! de algo servirán. Espéreme usted.

La tía Moineau subió la escalinata del mercado más deprisa que de costumbre.

Volvió con el canastito casi lleno. Y las dos mujeres, llevando al niño en medio, se encaminaron á la

calle de Bellechasse. La tía Moineau explicó que vivía en el segundo, en un cuarto que daba al patio; que no tenía más que una alcoba, pero muy limpia, una cama grande de hierro, tres sillas, una mesa, un anafe para guisar y una cómoda: lo necesario. Cuando llegaron al portal de la casa, á la entrada del corredor, dijo:

—No me he acordado de preguntarle á usted una cosa: ¿cómo se llama usted?

—Marais; la viuda Marais.

Desde hacía un año, sobre poco más ó menos, la tía Moineau y la viuda Marais vivían juntas, sin tener más que una alcoba, una mesa, un anafe y una cama. Las vecinas se habían acostumbrado á tratarlas como á dos hermanas, unidas por la miseria, y que criaban al niño, aquella criatura encanijada, que después de todo, había nacido con suerte, puesto que tenía dos abuelas. No veían mucho á la tía Marais, ocupada desde que amanecía hasta que era de noche en la verdulería, pero seguían encontrándose en el descansillo, en la escalera y en las calles del barrio á la tía Moineau, la cual iba también á visitarlas algunas veces. Porque la anciana, aunque ya no podía trabajar, todavía tenía fuerzas para subir escaleras. La buscaban, la solicitaban, sobre todo las madres jóvenes que conocían su experiencia y sabían que era lo bastante complaciente y bromista para que el tiempo no pareciese demasiado corto ni demasiado largo en su compañía. Ella calculaba la leche para el biberón, vestía

á los niños, los desnudaba, los mecía, daba á la madre tisanas raras y de efectos prodigiosos, hacía calceta junto á la cama de la recién parida, contaba los chismes de todas las casas de la calle de Bellechasse y de la de Saint-Dominique, los inventaba cuando había vaciado el saco, ó bien, cuando se trataba de enfermas, seriamente enfermas, callaba, y se convertía en una enfermera abnegada, compasiva, capaz de permanecer inmóvil y silenciosa en un rincón de la alcoba, como la luz de una lamparilla que vela el sueño del durmiente.

Un día del mes pasado, la vecina que vivía más cerca de su casa fué á buscarla, diciéndole:

—La mujer de Grésil, la de la calle Vaneau, quisiera ver á usted; está muy mala. ¡Es lo de siempre, el pecho!

—¡La mujer de Grésil!

El que no ha entrado en una sala de un hospital parisiense, quien no se ha parado delante de una cama blanca, en donde reposa, con la cabeza levantada por la almohada, muy pálida, muy delgada, confiando aún en la vida, y, sin embargo, condenada ya, una costurera ó una modista, no puede imaginarse la emoción dolorosa y grata al mismo tiempo que causaba el ver á la mujer del plomero. No la habían llevado al hospital; la habían dejado en aquella salita del piso cuarto, algo desarreglada á la sazón, pero todavía alegre y risueña con sus muebles nuevos y sus cortinas rameadas. La Grésil tenía los ojos negros, unos ojos que

parecían más grandes por efecto de la enfermedad, unos ojos muy vivos, juveniles, acariciadores. Sólo por verla sonreír, entornar los ojos y decir: «Gracias, tía Moineau», se le podía hacer un favor. Cuando llegó la tía Moineau, estaba llorando. La regañó, empezó á bromear con ella, se estuvo á su lado toda la tarde, y no consiguió lo que quería. En cambio ella vió desvanecerse su alegría.

—Hija mía—dijo á la mujer de Grésil,—puesto que está usted triste y se cree muy enferma, debía usted recibir al Señor.

La carita pálida se movió en la almohada para decir que no.

—Yo bien quisiera, tía Moineau, pero aquí, en esta casa, es imposible. ¡Vive tan mala gente! ¡No puede usted figurarse! Hace seis meses, vino un cura á ver á una enferma como yo, y le insultaron, y hasta le pegaron tanto los de abajo, que no tuvo más remedio que marcharse. Ya no se atreve una.

—¿Su marido de usted consentiría?

—¡Ya lo creo! ¡pobrecillo!

La tía Moineau estuvo meditando un instante.

—Entonces, tal vez haya un medio. Usted dirá que va á que la curen á un sanatorio. Yo vendré á buscarla á usted en un coche,—no sé quién lo pagará, pero ya lo arreglaré,—y ocupará usted mi lugar, en mi cama, durante tres ó cuatro días. La Marais no es gruesa, se está muy quietecita y no duerme más de seis horas. Yo dormiré en una silla. ¡Hija mía, es preciso que acepte usted!

Y así fué. La carnicera pagó el coche. La Marais hizo limpieza «general», y puso en la cama el mejor par de sábanas. Dos inquilinas, dos jóvenes, dos mujeres desconocidas para la Grésil, la ayudaron á subir la escalera.

La enferma descansó dos días. Al tercero por la mañana, cuando llegó el vicario, vió muchas mujeres de rodillas y una vieja de pie, sosteniendo la cabeza de la enferma. Junto á la cama, sobre la mesa, se veía un crucifijo de plata muy pequeñito y un ramo de crisantemos que había enviado la verdulera.

—¿Es hija de usted?—preguntó el sacerdote á la tía Moineau.

—Casi, casi—respondió la anciana.

Y era verdad, y casi lo eran la Grésil y la tía Marais, y el niño que dormía en el cajón lleno de lana, y otras muchas personas, sin duda alguna.

¡Qué libro tan admirable podría escribirse con la caridad de los pobres!